Xopancatecuhtli; y en Otlatlan asentaron su pueblo donde los dejamos hasta que tratemos de los totonacas, que fueron después sujetos a estos chichimecas referidos.

CAPÍTULO XII. *De la guerra que hicieron los de los valles y comarcas de Huexotzinco a los teochichimecas que poblaron el sitio de Tlaxcallan, cuyo principal caudillo era Culhuacatecuhtli Quanez; y se dice cómo los tlaxcaltecas vencieron esta batalla y los medios que para vencerla tuvieron*

PASADO ALGÚN TIEMPO que los chichimecas se habían situado y rancheado en el cerro de Tepeticpac (donde tuvo su origen y principio esta ciudad de Tlaxcallan), y como también se fuesen multiplicando, parecióles a los de la ciudad de Huexotzinco, y a los otros señores que habían poblado en los llanos y tierras más bajas, que de tanta fortaleza como allí tenían y iban haciendo no podía redundar ningún bien para ellos, porque entendían que desde allí los habían de tener sujetos y avasallados. Lo cual no llevaban en paciencia, porque decían que siendo todos unos y iguales en sangre y linaje que no era razón que unos fuesen más que otros y que cada cual se contentase con la parte que le había cabido en suerte, y por aquesto trazaron de substraerse de la mayoría que querían tener los de la sierra de Tepeticpac. Y ordenaron juntamente de atajarles los pasos y pujanza que llevaban de señorear todo aquel mundo, derribándolos de su altivez y soberbia, dividiendo sus provincias y lugares y señalando sus términos y mojoneras, para que fuesen conocidas y de todos guardados, aborreciendo estar sujetos a un solo capitán o rey. Y así en voz de libertad convocaron la mayor parte de la gente plebeya (que como es fácil de mover fácilmente vinieron en ello) y tomando armas contra los dichos texcaltecas vinieron sobre ellos y en tanto grado los apretaron que los retiraron a las cumbres más altas de aquel sitio, habiendo muertes inumerables de los de una parte y otra sin respetar hermanos a hermanos, hijos a padres y padres a hijos, mezclándose la sangre sin diferencia de ninguno; y no se puede decir ni explicar las no pensadas crueldades que en esta guerra acontecieron.

Desbaratados pues los chichimecas mayores de Texcaltipac, con la grande y repentina traición que contra ellos los de esotras familias usaron, y retirados a sus fuertes con la grande ofensa que los contrarios les habían hecho, quedaron cercados por todas partes con intención que tenían los huexotzincas y los otros sus confederados de dar fin y cabo de ellos. Para lo cual iban juntando de cada día gran muchedumbre y pujanza de gentes, con las cuales les hacían continua guerra. Y viéndose tan apretados de la fuerza con que los enemigos los combatían, enviaron a pedir socorro al rey de Tetzcuco y a otros señores sus amigos y confederados; enviando a

llamar juntamente a Tzipactecuhtli, que estaba en las poblazones de Xicochimalco y a otros que habían ido a las de Xalpan. Oído el caso referido por los tetzcucanos vinieron en su ayuda y favor con grandes y poderosos ejércitos, como antes se lo tenían prometido. Y el rey, que entonces reinaba, envióle al de Texcaltipac un vaso de alabastro muy fino, que le enviaba por grandeza y señorío. Fueron las gentes tetzcucanas muy bien recibidas de Colhuacatecuhtli Quanez, que ya lo era de Tlaxcallan y fueron alojados en lo mejor y más acomodado del real texcalteco.

En este ínterin que vinieron los tetzcucanos y las demás gentes que fueron llamadas fueron fortificando los chichimecas los lugares de su morada con muchas albarradas y fosas y otros reparos y pertrechos muy grandes y necesarios, demás de los profundos despeñaderos que tiene la propria sierra, que en partes es peña tajada. Con estos reparos y seguros estuvieron aguardando el fin que había de tener esta guerra comenzada. Y a lo que yo pienso no fue tanto el cuidado que pusieron estas gentes en la mucha fortaleza con que se fortificaron para defenderse de los enemigos, cuanto hacerla con intención de eternizar su memoria y fama, para que los que viesen la obra quedasen admirados del poder de los que la habían hecho. También se aseguraban de todo daño por haberlos favorecido su dios Camaxtle, diciéndoles que habían de ser vencedores de todas las gentes y que allí había de ser el principio de su monarquía.

Xiuhtlehuitecuhtli, señor de Huexotzinco, que guiaba y capitaneaba estos ejércitos, viendo que los chichimecas cercados tenían de cada día socorro, al cual les venían muchas gentes de diversas partes y lugares, procuró abreviar la guerra. Para lo cual envió a pedir ayuda y favor a los mexicanos tepanecas, reinando en ellos Matlalihuitzin, enviándole a decir que los chichimecas de Poyauhtlan, sus enemigos capitales, se iban rehaciendo y apoderando de la tierra con grandes tiranías y extorsiones, usurpando a todos los que la poseían el señorío que tenían en ellos, los cuales parecía que estaban con determinación de no parar hasta los fines de la tierra y costas de la mar (como ellos decían) y que no era razón que se les diese tanto lugar ni los dejasen apoderar tanto de todos, siendo como eran tan crueles y tiranos.

Oída por Matlalihuitzin, rey tepaneco, la demanda y embajada de Xiuhtlehuitecuhtli, maravillóse de el suceso y repentino caso, porque siempre tuvo entendido que entre todas aquellas familias nunca había habido diferencias ni disensiones; y pareciéndole caso grave darle favor contra gente tan belicosa y que temía que se había de perder en la demanda, no queriendo desconsolar al que le pedía el socorro, envióle a decir con cautela que acudiría a darselo. Y despedidos con este recaudo los mensajeros de Huexotzinco, envió otros, por otra parte, dando aviso a los chichimecas de Texcalticpac de lo que pasaba, cuya embajada dieron los embajadores tepanecas a los de Texcalticpac de esta manera:

A vosotros los señores y poseedores de la alta cumbre de Texcallan, sabed que somos mensajeros y embajadores del muy gran señor, vuestro sobrino y pariente Matlalihuitzin, aquel que señorea y tiene en guarda las

aguas de la gran laguna de Tenuchtitlan, el cual os envía a avisar y a decir cómo la gente de Huexotzinco y su capitán, llamado Xiuhtehuitl, le ha enviado a pedir socorro contra vosotros en la guerra que os hace y enemistad que os tiene; y que ruega a este gran señor nuestro, que es el que a vosotros nos envía, le envíe gente y favorezca en esta demanda. El cual se la ha prometido y se la piensa enviar; pero de tal manera que no sea de provecho ni para ningún efecto su venida, sino tan solamente para que haga una aparente reseña de socorro, sin intención de combatir ni mover las armas contra vosotros. Este aviso os envía para que de su parte estéis ciertos y enterados de que él ni ninguno de sus gentes os vendrán a ofender. Y por tanto os ruega y pide con grande instancia que no os hagáis contra los suyos, pues no vienen a pelear, ni a enojaros sino a hacer una sola muestra de cumplimiento para con los huexotzincas. Y esto se nos mandó, que os dijésemos a vosotros, los fuertes chichimecas, y también que cuando hagáis vuestros encantamientos que preservéis en ellos a los tepanecas y no les hagáis ningún daño ni mal, como lo hicisteis cuando la gran batalla de Poyauhtlan, a las orillas de la laguna.

Oída esta embajada por Culhuacatecuhtli Quanez, señor de los chichimecas texcaltecas y por los demás de su senado, envióle a dar las gracias del aviso, encareciendo mucho el favor que recibían él y todos los de su pueblo, con la merced que les ofrecía, diciendo que quedaba en perpetuo reconocimiento de aquel favor y con ánimo de servirlo en todas ocasiones, como se vería cuando se ofreciese. Con esto despachó a los embajadores y se quedó ordenando su gente para el rompimiento de la batalla; pero como todas las cosas no tienen buen principio si primero no son encomendadas a Dios, las cuales van guiadas por su divina mano, estos idólatras que reconocían serlo muy suyo Camaxtle, no creyendo que era demonio falso y mentiroso, acudieron al altar donde estaba su imagen a hacer oración y a pedirle favor contra sus enemigos.

Trajeron para esto mucha caña de carrizo y jara y otra muchedumbre de varas tostadas con sus lengüetas y arpones y cantidad de nervios y pluma para hacer flechas y saetas, y puesto esto todo delante del altar y presencia del ídolo invocaron al demonio con grandes suspiros, mucho derramamiento de lágrimas y fervientes oraciones, suplicándole les favoreciese y ayudase en aquel conflicto y peligro, así como en todo tiempo lo había hecho; pues sabía que ahora más que nunca lo habían menester, en especial que los que contra ellos hacían guerra eran de los propios deudos, parientes y vasallos suyos, habiéndose conspirado y rebelado contra ellos, que sin culpa padecían aquella mengua y afrenta, y siendo tan injusta su demanda. Este acto de orar, llorar y gemir fue por algunos días continuos, en los cuales ayunaron y ofrecieron muchos sacrificios de diversas cosas.

Hecho esto por los afligidos chichimecas y mostrando el demonio tener poder para librarlos, les respondió por boca de su infernal imagen: que no temiesen y que tuviesen ánimo y corazón, que el fin lo verían bueno y que convenía que usasen de una superstición y embuste que fue el que se sigue: Mandóles buscar una doncella muy hermosa, que tenía el un pecho y teta

más grande que la otra, y que se la trajesen a su casa y templo. Fue buscada esta doncella con grande solicitud y presteza, y hallada fue traída al templo de Camaxtle. A la cual mandó el ídolo que le diesen a beber un bebedizo de cierta yerba medicinal y que después de haberlo bebido le exprimiesen el pecho y la sacarían leche que era para aquel acto necesaria. Hecho así, estrujáronle el pecho y reventóle de él una sola gota de leche, la cual fue recibida en un vaso, que llamaban teocaxitl, que quiere decir vaso de dios, el cual tenía la hechura siguiente: el asiento redondo y ancho y enmedio un remate redondo a manera de botón, y la copa de él era como la de un cáliz y todo el vaso de abajo arriba tenía un codo de alto. Éste, según dicen algunos, era de madera muy preciada, negra, a manera de ébano, aunque otros dicen que era de piedra negra muy sutilmente labrado, de color de azabache, que la hay en esta tierra y la llaman los naturales teotetl, que quiere decir tierra de dios.

Sacada esta leche y puesta en el vaso, y al pie del altar las cañas de carrizo y varas y los arpones, lengüetas, puntas y nervios de venado, todo junto, lo cubrieron con ramas de laurel y lo dejaron. Fueron ofreciendo con esto muchos sacrificios, y entre otros papel cortado, espinas y abrojos y una yerba que parece al beleño, que llaman picietl y otros perfumes odoríferos, culebras, conejos y codornices, los cuales animales y aves mataban en gran cantidad y ofrecían ante la imagen de Camaxtle. Detrás de todo esto hacían su oración los sacerdotes y sátrapas infernales, en especial el sacerdote mayor que llamaban achcauhtli teopixqui y por otro nombre tlamacazca achcauhtli, la cual acabada incensaba toda la ofrenda con grandes perfumes y sahumerios, mayormente el vaso o cáliz donde estaba la leche que había destilado el pecho de la doncella; haciendo esta ceremonia de incensar a la mañana, a medio día y a la puesta del sol y a la media noche. Hecho esto tres días sin intervalo, miraba con grande atención en el vaso y en las saetas y cañas, por ver si en ello se obraba alguna cosa; pero viendo que no había novedad ni se conseguía el efecto que deseaban y que la gota de leche estaba casi seca y marchita y muy resuelta y encogida, mostraban aflicción y desasosiego.

Llegóse el día de la batalla y estando los chichimecas muy congojados y afligidos (aunque no desconfiados del favor que les prometía su dios), llegó el sacerdote mayor a ver el vaso y las cañas del carrizo y jara, nervios y puntas de varas tostadas con sus lengüetas, y halló que las saetas y arpones estaban hechas y encajados los casquillos en las cañas y las varas en sus lengüetas y emplumadas y el vaso lleno de espuma a manera de saliva fresca. Y en tanta abundancia iba espumando que se derramaba y vertía el vaso por todo el altar, como una olla cuando hierve. Y a este tiempo el campo de los huexotzincas, y todos los demás sus aliados, habían hecho sus repartimientos de gentes y formado sus escuadrones y puesto en orden la batalla, teniendo en poco a los cercados, pareciéndoles que su poder era mucho con las espaldas que tenían y favor que llevaban de todo el común y gente plebeya y las demás parcialidades que para esto habían convocado. Y fueron las gentes que para este efecto se juntaron tantas

que cubrían los cerros y los campos y casi agotaban los ríos y arroyos por donde pasaban cuando bebían. Todos estos escuadrones se repartieron de esta manera: en los campos y cerros de Xoloteopan, que es junto al barrio de San Nicolás, en Totollan donde está la iglesia de San Juan Bautista y por todo aquel llano hasta la puente de Panotlan y en el barrio de Teotlalpan, donde está la ermita de la Purificación y en el barrio que es ahora de San Marcos, llamado Contlantzinco; y por no ofender con tanta prolijidad y particularidad de sitios digo, en conclusión, que toda la redondez de la sierra estaba tomada por todas partes sin haber cosa vacía detrás de ellas.

A este tiempo llegó el socorro tepaneco que los huexotzincas aguardaban, y haciendo su reseña, como su rey había dado por aviso, apartáronse del cerro y subiéronse a unas sierras muy altas que se llaman de Tlamacazcatzinco Quauhticpac, no pretendiendo llegar al socorro ni hacer guerra a los chichimecas cercados; y siendo ya tiempo de comenzar la batalla acometieron los huexotzincas y todos los demás ejércitos conjurados con grandísimo ímpetu y muy mayor gritería y alarido, a combatir a los chichimecas y a subirles por la sierra arriba. Los chichimecas que estaban aguardando, no sólo los esperaron en su real y campo, pero con grandísimo esfuerzo y osadía salieron a recibirlos, y a los primeros golpes y encuentros de su combate prendieron los texcaltecas a uno de los del campo contrario y como primicias de su victoria lo llevaron con gran presteza a ofrecer y sacrificar al ídolo Camaxtle; al cual abrieron por el pecho y le sacaron el corazón y se lo pusieron por obvención y ofrenda al pésimo y horrendo ídolo Camaxtle, y desollando al mísero cautivo se puso su pellejo y cuero uno de ellos, atado y ceñido con sus proprias tripas, arrastrando por el suelo los pies y manos del sacrificado. De esta manera se presentó ante el infernal dios, hecho Xippe (que así los llamaban a los que hacían esta ceremonia y diabólico espectáculo).

A este tiempo tocaban sus atambores y bocinas y caracoles marinos y trompetas de palo y otros instrumentos de guerra, con grande estruendo y ruido, acompañado de aquella inmensa gritería que hacían y alarido que el coraje y cólera les causaba, que como rabiosos perros arremetían a sus contrarios, los unos por vencer y los otros por defenderse y no ser vencidos. Y de esta manera peleaban los unos contra los otros, con el mayor ímpetu y fuerza que podían, con el arrebatado furor que su pasión encendida les incitaba. Arrojaban muchísima piedra con hondas, enviaban torbellinos de saetas y varas tostadas los unos contra los otros y unos a otros se asombraban y quitaban las vidas con diferentes golpes que se daban. Y era tanta la sangre vertida y derramada de los miserables cuerpos muertos y heridos que por los cerros y collados corría que parecían arroyos de aguas llovidas del cielo; y es tanto más lo que fue que lo que digo, que porque no parezca imposible, lo callo.

Estando pues en esta furia combatiéndose y hiriéndose todos, el maldito sacerdote estaba orando a su falso dios y pidiéndole con grandes suspiros la victoria de su pueblo. Después de haber hecho su ahincosa oración salió

movido por el demonio con el vaso de la leche en la mano, y díjoles: ea, soldados valerosos, chichimecas invencibles, no queráis temer que el tiempo del vencimiento y victoria es ya llegado; que ya nuestro gran dios Camaxtle se compadece de nosotros, y diciendo éstas y otras exhortatorias razones derramó el vaso de la leche, que traía en sus manos, sobre aquel que estaba vestido con el pellejo y piel del cautivo sacrificado. Luego incontinenti tomó una flecha de las que por arte diabólica se habían forjado y, poniéndola en un corvo y mal formado arco, la arrojó hacia los enemigos; y luego al mismo punto las saetas que estaban al pie del altar del ídolo comenzaron a moverse y a salir del templo con gran furia y a herir a la gente enemiga, haciendo gran matanza entre ellos. También a este mismo instante se levantó una muy espesa y obscura niebla, y tanto que unos a otros no se veían ni divisaban. Aquí fue el matarse los enemigos unos a otros, sin saber quién a quién mataba; porque ni se conocían ni se veían, sino solamente sentían el dolor de los golpes que se daban. Halláronse ciegos y mucho más turbados, y con esta grande turbación que recibieron, unos se despeñaban sin saber por dónde iban; otros topando en piedras se mataban; y de éstas y de otras muchas cosas hubo ardides y astucias del demonio. Y parece caso jamás oído ni visto en el mundo y fue en tan grande exceso esta mortandad y acabamiento de enemigos que se cuenta por verdad, que las barrancas y grandes quebradas, que por partes hace la sierra, estaban llenas de cuerpos muertos y que las mujeres de los chichimecas, niños y niñas y todos los imposibilitados que habían quedado excluidos del campo, por no ser para la guerra, salieron al despojo del sangriento alcance y prendían y cautivaban seguramente las gentes que querían; y quedaron tales los huexotzincas y todos los demás conjurados con este diabólico y endemoniado hecho, que cuasi no escapó ninguno de cautivo o muerto, y los pocos que pudieron huir llevaron tales nuevas, que tenían bien que contar no solamente a los presentes, a quien pudieron darlas, sino a otras muchas generaciones futuras y por venir, que oyendo lo que allí pasó quedaron atónitas y espantadas. Visto pues por el ejército tepaneco que en sus sitios y sierras estaba alojado el fin de la cruel y lamentable batalla, sin hacer ruido se volvieron a sus tierras espantados de el caso sucedido y mucho más gozosos de no haberse en él hallado.

Esta guerra, como aquí la hemos contado, dejó en memoria un famoso y valeroso capitán chichimeca, llamado Tequanitzin, en unos versos y cantares que compuso de las hazañas de sus antepasados los teochichimecas, primeros pobladores de esta ciudad y provincia de Tlaxcallan; y él mismo cuenta, en estos mismos versos, la pasada con los tepanecas y culhuas en los llanos de Poyauhtlan, en las orillas de la laguna. Y por ser tenido este capitán por muy valeroso y puntual en sus palabras, he querido hacer memoria de él y referir estas guerras, según las dejó él dichas, en la lengua náhuatl, que llamamos mexicana. Pero al fin esto se escribió en verso y en forma de poesía, y se debe tener por fabuloso en la mayor parte, como se entiende de las cosas heroicas que escribieron los poetas griegos y latinos.